

Homenaje a Antonio López Eire

Excelentísimo Señor Rector, Ilustrísimo Señor Decano, querida directora del Departamento de Filología Clásica e Indoeuropeo, querido profesor Gil, profesores y amigos de la Universidad de Salamanca, especialmente queridos Maíta, Juan, y Lydia. Deseo expresar en primer lugar mi agradecimiento al Departamento de Filología Clásica e Indoeuropeo y, sobre todo, a mis colegas los profesores Julián Méndez Dosuna y Paco Cortés, por haberme invitado a pronunciar unas palabras en este Homenaje en que honramos la memoria de nuestro común maestro, Antonio López Eire.

La última vez que hablé con él fue el diecinueve de Septiembre. Hablamos por teléfono de cómo había ido el verano, y me dijo lo bien que lo había pasado en un congreso en México. Yo le conté lo que estaba haciendo, y él me dijo lo que siempre me decía: “Eso está muy bien visto. Sigue, que por ahí vas bien. Ya hablaremos. Tengo muchas cosas que contarte. Tengo que ir a un viaje y, cuando vuelva, ya hablaremos”. Dos días después dejó esta vida. Nuestra conversación quedó así interrumpida. Me pareció imposible y absurdo a la vez. Y empecé a recordar y a comprender. Y no dejaban de venirme a la mente frases del epitafio de Pericles escrito por Tucídides, porque Tucídides fue el primer autor que él explicó cuando llegó a la Universidad Autónoma de Barcelona en 1972. Estábamos en cuarto de carrera. Tucídides sin diccionario; Esquilo sin diccionario. Y pudimos hacerlo, y aprendimos Griego en dos años. Su claridad, su profundidad, su absoluta competencia de la lengua griega cambiaron nuestra visión de los textos, e incluso cambiaron nuestra vida en algunos casos, pues hicieron que Antonio Lillo y yo nos viniéramos con él a Salamanca a hacer la tesis como becarios de investigación. Permanecimos aquí ocho años, años que fueron fundamentales para nuestra formación, y en los que trabajamos muy de cerca con él, porque cada semana coméntabamos la marcha de la tesis.

Por lo demás, era liberal y respetuoso con los criterios y conclusiones de cada uno, sin exigir vasallajes ni pleitesías, porque lo que él más valoraba era la independencia intelectual. Estaba orgulloso de haber tenido a los mejores profesores de Griego, Ruipérez y Gil, y especialmente de pertenecer a la escuela de Ruipérez. Y porque creía en lo que hacía, creó escuela a su vez. Y siendo tan serio intelectualmente, tenía un gracejo y un ingenio extraordinarios. Y así se explican las traducciones tan poéticas, tan graciosas, y tan rigurosas, de la *Ilíada* o de las comedias de mujeres de Aristófanes, y su insuperable traducción de los discursos de Demóstenes.

Tenía una mente superior que siempre le pedía estudiar más y más. Estudiar para saber: ése era su credo, su religión, y su doctrina. Quien no entendía eso, no entendía a López Eire. Su afán de conocimiento no tenía límites; leía sobre Física, Matemáticas, Filosofía, o Literatura en general, pero lo que más le apasionaban eran los textos griegos, fueran las inscripciones, los estoicos, o las retóricas todas, antiguas y modernas. Era verdaderamente “interdisciplinar”, y también en eso se adelantó a los tiempos.

Tenía una extraña capacidad para interrelacionar conocimientos, para unir el pasado al presente, y para comunicar todo ello de forma magistral. Eso se ponía de manifiesto en los cursos, multitudinarios, que organizaba sobre Retórica, y en los que este Paraninfo se llenaba. Su palabra enhechizaba. Nadie como él para transmitir esa Retórica. Decía Sócrates que el discurso oral no se diferencia del escrito: pues bien, López Eire era un ejemplo práctico. Pero, sobre todo, había hecho suyo el ideal isocrático de que sólo mediante la *paideia*, la educación, el ser humano alcanza su plenitud, esto es, la *philantropía*. Él alcanzó esa meta. Y en su plenitud de ciencia, de sabiduría, y de humanidad, en un solo momento, en un instante, pasó a otra dimensión. Porque, si muchos elogios se pueden hacer de su persona, éste me parece el más

importante: cómo supo transmutar todo lo negativo de la vida y llenarlo de luz. En los últimos años pude apreciar la culminación de ese proceso: fue entonces cuando más humano lo ví, y fue entonces cuando lo ví más divino. Dicen los que saben que hemos venido a esta vida a compartir conocimiento: pues también en eso él iba por delante. Compartió generosamente todo lo que había aprendido. Y por eso hoy le rendimos este Homenaje.

No quiero olvidar a los familiares, para quienes la pérdida es mayor. A lo largo de toda su trayectoria hubo una persona que le acompañó siempre, y en la que él siempre se apoyó, Maíta, su mujer, sin la que él no podía vivir. Ella era el complemento perfecto, el complemento directo, de su vida. Confío en que los amigos y compañeros de su marido podremos demostrarle ahora nuestro cariño, porque es ahora cuando más lo necesita.

A Juan, su hijo, quiero decirle que su padre me hablaba muchas veces de lo generoso y solidario que era. No debe ser fácil para un hijo tener un padre que siempre está estudiando. Pero espero que este Homenaje le ayude a entender un poco más a su padre, que siguió su destino, como tú, Juan, seguirás el tuyo.

Y como Homero dice, y yo le creo, que las palabras tienen alas, espero que las nuestras remonten el vuelo, y lleguen allá donde él se encuentre, y en alguna de las esferas nos escuche y podamos seguir conversando. De momento, nos queda cuanto ha escrito; nos queda su palabra.

Consuelo Ruiz Montero
Catedrática de Filología griega de la
Universidad de Murcia